

Juan Gabriel Vásquez, *El ruido de las cosas al caer*, Bogotá: Alfaguara, 2011, 265 págs.

La novela *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez ganó el XIV Premio Alfaguara de Novela 2011. El jurado (después de una deliberación en que tuvo que pronunciarse sobre seis novelas seleccionadas entre las seiscientos ocho presentadas) fue presidido por Bernardo Atxaga e integrado por Gustavo Guerrero, Lola Larumbe, Candela Peña, Inmaculada Turbay y Juan González (con voz pero sin voto).

La trama narrativa se desarrolla alrededor de los recuerdos de Antonio Yammara. A mediados de 2009, Antonio, poco antes de cumplir cuarenta años, se entera de la noticia de la muerte de un hipopótamo a manos de unos cazadores. El animal había salido de la Hacienda Nápoles, antiguo zoológico de Pablo Escobar. Este hecho que desencadena el relato implica no solo el recuerdo de una noticia semejante a comienzos de 1996, cuando en un billar del centro de Bogotá se entera Antonio por la televisión que la misma hacienda “había quedado abandonada a su suerte desde la muerte del capo en 1993” (p. 19), sino especialmente el recuerdo de Ricardo Laverde, que está allí presente y se apena: “‘A ver qué van a hacer con los animales’, dijo. ‘Los pobres se están muriendo de hambre y a nadie le importa’” (p. 20).

Así que Antonio, obsesionado, se dedica a relatar con pormenores la historia de la vida de Ricardo: “No, yo no contaré mi vida, sino apenas unos cuantos días que transcurrieron hace mucho, y lo haré además con plena conciencia de que esta historia, como se advierte en los cuentos infantiles, ya ha sucedido antes y volverá a suceder” (p. 15). La frase *esta historia ha sucedido antes y volverá a suceder después*

se reitera en la página 92 y es una cita del narrador anónimo de Peter Pan. Puede significar que la vida de Ricardo es semejante a la de muchos mafiosos colombianos que comienzan con éxito, con un porvenir de riquezas y lujos, y terminan mal: perseguidos, apresados o muertos. Un trasfondo temático del relato es el incipiente narcotráfico colombiano y el modo en que Estados Unidos, gran consumidor de drogas ilegales, lo propició con el cultivo de la marihuana y el procesamiento de la cocaína. Un personaje ilustrativo es Mike Barbieri, norteamericano, voluntario del Cuerpo de Paz de Colombia, muy amigo de Ricardo, a quien introduce en el negocio de la mafia a comienzos de la década de los setenta. Ricardo es piloto y en una avioneta transporta muchas veces las drogas de Colombia a Estados Unidos y regresa repleto de billetes de dólares.

Antonio, de 26 años de edad, abogado desde 1994 y profesor universitario de Derecho, conoce a Ricardo a finales de 1995 en un billar del Centro de Bogotá y frecuenta jugar con él unos chicos después de la jornada laboral. Se entera de que Ricardo, que entonces tiene 48 años y es flaco, reservado y de apariencia dejada, salió recientemente de una cárcel donde estuvo preso casi veinte años, pero no sabe por qué ni se atreve a preguntarle. Es un cabo suelto que seducirá al lector y será anudado más adelante. Antonio, por su oficio, se interesa poco a poco en la vida de un expresidiario, pues nunca ha conocido a alguien así, pero no intenta ser su amigo. De hecho, nunca serán amigos. Entretanto, Ricardo espera reencontrarse en diciembre con su esposa Elaine, que reside en Estados Unidos, y Antonio sale con Aura Rodríguez, una joven alumna suya, y la embaraza: tendrán en agosto de 1996 a Leticia. Un día, a comienzos de 1996, Ricardo tiene una cinta de audio y pregunta a Antonio dónde conseguir una grabadora para escucharla. Antonio lo lleva a la Casa de Poesía, la vieja residencia de José Asunción Silva, no muy lejos del billar. Allí, mientras Ricardo la escucha en una cabina (es la grabación de la caja negra del accidentado vuelo 965 de American Airlines en diciembre de 1995), Antonio escucha una recitación del famoso «Nocturno III» de Silva en otra cabina. De repente Ricardo se va del lugar; Antonio, absorto con el poema, no lo ha notado y lo busca con preocupación. Lo encuentra afuera, por las calles del centro de Bogotá, y cuando lo alcanza, le oye decir con aflicción que en el vuelo 965 murió Elaine, lo que no le es entonces muy comprensible, pues apenas sabe de su vida privada, y enseguida los dos reciben a quemarropa sendos balazos de pistola de un sicario, que va con otro en una motocicleta: Ricardo perece, Antonio se desmaya y sobrevive. Otro cabo suelto es el motivo del homicidio de Ricardo. Aquí finaliza el primer capítulo.

Los siguientes capítulos, con el protagonismo de Antonio, que sufrirá un estrés postraumático (durante más o menos dos años), una neuralgia en la pierna izquierda, con posible cojera, una severa disfunción eréctil y un desamor, intentan esclarecer: ¿por qué Ricardo estuvo en la cárcel, por qué fue muerto así, cómo consiguió la grabación de la caja negra?

Sin duda, es notable el ensamblaje del relato entre lo histórico y lo ficticio, entre lo real y lo imaginario. Las acciones de los personajes ficticios caben en un contexto histórico y son incluso determinadas por él. Muchos aspectos y sucesos referidos en la novela son históricos: la ciudad de Bogotá, el narcotráfico colombiano, el terrorismo de Pablo Escobar, el accidente aéreo del vuelo 965 de American Airlines en 1995, etc. Pero lo histórico es *escénico*, por decirlo así. Pues se relata especialmente la *historia* de una vida ficticia: Ricardo Laverde. Ahora bien, lo escénico no es inerte: el accidente del vuelo 965 mata a Elaine Frittz, el accidente del Hawk 812 hiere la cara de Julio Laverde, por mencionar unos casos extremos.

El texto de Juan Gabriel Vásquez podría ser apreciado como una novela histórica, donde lo histórico es secundario, y lo ficticio, primario. La novela no es una historiografía. Vásquez, en el ensayo “El arte de la distorsión (2009), ha evidenciado su desprecio por la novela de tendencia historiográfica. En la historiografía novelada, lo histórico es primario, y lo ficticio, secundario.

Por otra parte, un relato ficticio, fundado en un contexto histórico, no necesariamente se convierte en verosímil. Pero puede obtener una mayor verosimilitud, gracias al arte del escritor. La verosimilitud, en la narrativa, supone el relato de acciones semejantes a la realidad, históricas o ficticias. Vásquez funda el relato ficticio en un contexto histórico y logra una mayor verosimilitud, una mayor seriedad. Si es la historia de un narcotraficante, un tipo social común, ¿por qué no ambientarla en ciertas épocas de Colombia? Menos verosímil sería ambientarla en lugares inexistentes.

Efectivamente, Vásquez altera verdades históricas. Por ejemplo, no es históricamente verdadero que Elaine viajaba en el vuelo 965 o que Julio estaba presente en el accidente del Hawk 812, ya que estos son personajes ficticios. Y es posible que Vásquez pretendiera explicar el origen del narcotráfico colombiano: Estados Unidos. Mike Barbieri, norteamericano, induce al piloto Ricardo Laverde a transportar drogas ilegales. Otros norteamericanos como Mike repiten el proceso. Así, la novela tiene un matiz sociológico. También político: Nixon decreta la guerra contra el narcotráfico y el prohibicionismo del consumo de las drogas.

En el mismo ensayo Vásquez sostiene que el novelista es libre de *distorsionar* la historia: puede alterar verdades históricas, de acuerdo a la idea reciente de que toda historia es ficción. Pero la cuestión es: ¿cuánto se puede distorsionar una versión histórica? ¿Puede ser recontada de cualquier forma? ¿Podrá decirse, por ejemplo, que César mató a Bruto? Es una afirmación totalmente contraria a la verdad histórica: que Bruto mató a César. Más sostenible sería que las versiones contadas sean semejantes entre sí. Si el hecho histórico no es único, la versión histórica tampoco puede ser única. Pero si el hecho es único, los móviles se pueden conjeturar. Con todo, opino que la frontera entre lo ficticio y lo histórico no llega a desaparecer.

Al margen de la discusión sobre la versión histórica, interesa señalar que el mayor valor estructural de la novela, a mi modo de ver, es la narración con cabos sueltos que serán anudados después, lo que cautiva al lector de principio a fin. Por supuesto, sin el estilo ágil, conciso y detallista, que recuerda tal vez a un buen novelista norteamericano, como Graham Greene, la narración perdería su brillo. Más que una novela psicológica, de caracteres o de amor, puede considerarse como una novela de intriga: ¿qué hizo Ricardo Laverde? Hay una doble inquietud, condicionada por el oficio de abogado de Antonio Yammara, el narrador principal: ¿por qué Ricardo fue aprisionado tanto tiempo y por qué fue ultimado con un disparo de pistola? La doble inquietud se transforma en algo más profundo: la biografía, siquiera fragmentaria, de un hombre muerto y apenas conocido. Pero no es lejana y anodina: Ricardo (sin quererlo) afectó y alteró la vida normal de Antonio. *Per accidens*, como sugiere el título de la novela.

Hasta se puede pensar que, en el fondo, la novela tiene un destinatario especial: narrada en la soledad, es como una tácita carta de amor para Aura, una justificación, entre otras cosas, de la infidelidad de Antonio al haber estado con Maya, la hija única de Ricardo.

La pretensión de la novela es *entretener, recrear* los ojos del entendimiento, como diría Cervantes. Para ello es imprescindible el eficaz artificio de la prosa. Milan Kundera, tal vez aludiendo a Mijaíl Bajtín, ha advertido que la belleza de una novela es inseparable de su arquitectura, de su forma. No basta con saber su sinopsis: se la goza leyendo toda su forma. En fin, *El ruido de las cosas al caer* (sonoro verso endecasílabo) no pretende propiamente *distraer*, sino hacer que el lector participe activamente del relato y sienta estar suspendido en otra vida, distinta de la cotidiana. Juan Gabriel Vásquez, en el ensayo “Los hijos del licenciado: para una ética del lector” (2009), argumenta que el objetivo del escritor de ficciones es conquistar, seducir la atención del lector.

En un artículo de *El Espectador*: «La música del ruido», del 5 de junio de 2011, elogia Héctor Abad Faciolince:

esta novela es el objeto verbal mejor logrado que he leído en toda la literatura colombiana de los últimos tiempos. La historia es prodigiosa —porque es también un excelente resumen de nuestra Historia reciente—; la lengua es poderosa, por su precisión, su sobriedad y su carencia de todo amaneramiento. Y el resultado total es de tal perfección que debería llenarnos a todos de asombro y felicidad. Si esto no ocurre, me temo, es porque estamos cegados por la envidia.

Jorge Alberto Vásquez González
Universidad de Antioquia